

quien pueda sostener la comparación con ellos...»— Esos hombres y esos asuntos eran los que iban á suministrar á Burke la más brillante materia de elocuencia; y cuando Macaulay describe el talento propio del gran orador, describe el suyo de rechazo.

«Poseía en grado supremo la magnífica facultad que permite al hombre vivir en el pasado y en el porvenir, en el mundo de lo distante y de lo imaginario. La India y sus habitantes no eran para él, como para la mayoría de los ingleses, simples nombres, abstracciones, sino un país real y hombres reales. El sol ardoroso, la extraña vegetación de cocoteros y de palmeras, el arrozal, el aljibe, los árboles enormes, más viejos que el imperio mongol, bajo los cuales se reúnen las muchedumbres de aldeanos; el techo de paja de la cabaña del campesino; los ricos arabescos de la mezquita donde ora el imán, con el rostro vuelto hacia la Meca; los tambores y las banderas; los ídolos ostentosos; el santón balanceándose en el aire; la agraciada doncella bajando los escalones del río con su cántaro en la cabeza; las caras negras, las barbas largas, las listas amarillas de los sectarios, los turbantes y los ropajes flotantes, las lanzas y las mazas de plata; los elefantes con sus pabellones de gala; el lujoso palanquín del príncipe y la cerrada litera de la dama doble: todas esas cosas eran para él como los objetos entre los cuales había pasado su vida, como los objetos que existen en el camino entre Beaconsfield y Saint-James Street. Ante los ojos de su espíritu estaba presente la India entera, desde las salas donde los suplicantes depositan oro y perfumes á los pies de los monarcas hasta el agreste marjal donde se instala el campamento de gitanos; desde los bazares poblados de un rumor de colmena con la muchedumbre de vendedo-

res y compradores hasta el junglar donde el correo solitario agita su manojo de anillos de hierro para ahuyentar á las hienas. Tenía una idea tan viva de la insurrección de Benarés como de la insurrección de lord Jorge Gordon, y de la ejecución de Nuncomar como de la ejecución del doctor Dodd. Para él, la opresión en Bengala era lo mismo que la opresión en las calles de Londres.»

Otras partes de ese talento son más peculiarmente inglesas. Macaulay tiene la mano pesada; cuando da, aplasta.

Entre nosotros, decía Béranger:

*Chez nous point,  
Point de ces coups de poing  
Qui font tant d'honneur à l'Angleterre.*

Y el lector francés se quedaría atónito, si oyese á un gran historiador tratar á un ilustre poeta del modo que sigue:

«En todas las obras donde Mr. Southey ha abandonado la narración y ha querido tratar cuestiones morales y políticas, su caída ha sido completa é ignominiosa. En esos casos lo único que ha salvado á sus escritos del supremo desdén y de la mayor irrisión ha sido la belleza y la pureza del lenguaje. Su inglés, lo confesamos, tiene tal atractivo para nosotros, que aunque escriba absurdos, le leemos con gusto generalmente, excepto cuando quiere ser gracioso. Jamás existió bufón más insoportable. Muy á menudo se esfuerza en ser humorista, y, sin embargo, no recordamos una sola vez en que haya conseguido ser más que afectada y petulantemente insípido. Un hombre sensato puede decir tonterías como esas al amor de la lumbre; pero que un ser humano, después de ensartar

semejantes chocarrerías, las escriba, las copie, las transmita al impresor, corrija las pruebas y las lance a la publicidad, es para abochornarnos de nuestra especie (1).»

Ya se comprende que no será más blando con los muertos que con los vivos. Por ejemplo, si se trata del arzobispo Laud:

«El castigo más severo que hubiesen podido imponerle las dos Cámaras era dejarle en libertad y enviarle a Oxford. Allí hubiera podido permanecer, torturado por su temperamento diabólico, hambriento de empicotar y descuartizar protestantes, atormentando a los «caballeros», a falta de otros, con su necedad y su acritud; haciendo genuflexiones y aspavientos en la catedral; continuando aquel diario incomparable que no miramos nunca sin que la imbecilidad de su inteligencia nos haga olvidar los vicios de su corazón; apuntando minuciosamente sus sueños, contando las gotas de sangre que echaba por la nariz, espiondo la dirección en que caía la sal y escuchando los gritos del mochuelo. Una compasión desdeñosa era la única venganza que debió tomar el Parlamento de aquel moigato viejo y ridículo (2).»

Cuando se burla, permanece serio, como casi todos los escritores de su país. El *humour* consiste en decir en tono solemne cosas extremadamente cómicas, y en conservar el estilo elevado y la frase amplia en el momento mismo en que se hace reír a todos los oyentes. Tal es el comienzo de un artículo sobre un nuevo historiador de Burleigh:

«La obra del doctor Nares (dice) nos ha causado un

(1) *Ensayos críticos e históricos*, t. I, pág. 215.

(2) *Idem id.*, t. I, pág. 165.

asombro semejante al que experimentó el capitán Lemuel Gulliver, cuando arribó por vez primera a Brobdingnag, y vió trigos tan altos como encinas, dedales tamaños como cubos, y reyezuelos como pavos. La obra y todas sus partes componentes se hallan trazadas a una escala gigantesca. El título es tan largo como un prólogo común; el prólogo llenaría un libro ordinario, y el libro contiene tanta materia como una biblioteca. No podemos resumir mejor los méritos de esa prodigiosa masa de papel sino diciendo que forma unas dos mil páginas en cuarto, de letra menuda; que ocupa en volumen mil quinientas pulgadas cúbicas, y que pesa sesenta libras bien cumplidas: Antes del diluvio, tal libro hubiese parecido una lectura fácil a Hilpa y Shalum. Pero hoy desgraciadamente la vida del hombre no pasa de setenta años, y no podemos menos de mirar como una falta de consideración del doctor Nares el pedirnos una parte tan amplia de una existencia tan corta (1).»

Esa comparación, tomada de Swift, es una burla a estilo de Swift. Las matemáticas son en manos de los ingleses un excelente medio de zumba: recuérdese cómo el ingenioso deán, comparando con cifras la generosidad romana y la generosidad inglesa, anadaba a Marlborough con una suma. El *humour* emplea contra las personas hechos positivos, argumentos de comerciante, contrastes raros, tomados de la vida vulgar. Eso sorprende y desconcierta de pronto al lector; se cae bruscamente en algún detalle familiar y extrafalarario; el choque es violento, y rompe uno a reír sin gran alegría; la descarga es tan repentina y tan dura que parece un mazazo. Vaya un ejem-

(1) *Ensayos críticos e históricos*, t. II, p. 81.

plo: Macaulay refuta á los que no quieren que se impriman los autores clásicos indecorosos.

«Nos cuesta trabajo creer que, en un mundo tan lleno de tentaciones como éste, un hombre, que hubiera sido virtuoso, si no hubiese leído á Aristófañes y á Juvenal, se haga vicioso por haberlos leído. El que, expuesto á todas las influencias de un estado social como el nuestro, teme exponerse á las influencias de algunos versos griegos y latinos, se asemeja mucho al reo que pidiese permiso á los jerifes para taparse con un paraguas desde la puerta de Newgate hasta la horca, porque la mañana estaba lluviosa y temia constiparse (1).»

El sarcasmo, la ironía, la burla de índole más amarga son familiares para los ingleses: desgarran, cuando arañan. El que quiera convencerse de ello, compare la maledicencia francesa, tal y como la representa Molière en el *Misántropo*, y la maledicencia inglesa, tal y como la representa Sheridan imitando á Molière y el *Misántropo*. Célimène pincha, pero no hiere; los amigos de lady Sneerwell hieren y dejan huellas sangrientas en todas las reputaciones que tocan. La burla que voy á traducir es de las más suaves de Macaulay:

«Los ministros dieron el mando á lord Galway, veterano experto, que era en la guerra lo que los doctores de Molière en medicina, que le parecía más honroso fracasar con sujeción á las reglas que salir airoso con innovaciones, y que se hubiese avergonzado de sí mismo si hubiera tomado á Montjuich por los medios singulares que empleó Peterborough. Ese gran general dirigió la campaña de 1707 de la manera más

(1) *Ensayos críticos é históricos*, t. v, p. 146.

científica. Encontró el ejército de los Borbones en la llanura de Almansa. Dispuso sus tropas con arreglo á los métodos prescritos por los mejores escritores, y en pocas horas perdió diez y ocho mil hombres, ciento veinte banderas, todo su bagaje y toda su artillería.»

Esas crudezas son tanto más rudas cuanto más noble y serio es el tono ordinario.

Hasta aquí no se ha visto más que al pensador, al sabio, al orador y al hombre de ingenio; pero en Macaulay hay además un poeta; y, aunque no se hubiesen leído sus *Cantos de la antigua Roma*, bastaría para adivinarle leer algunos de esos periodos en que la imaginación, largo tiempo refrenada por la severidad de la demostración, prorrumpe de repente en magníficas metáforas y en espléndidas comparaciones, dignas de una epopeya por su grandiosidad.

«Ariosto (dice) cuenta la historia de un hada que, por ley misteriosa de su naturaleza, estaba condenada á aparecer en ciertas épocas bajo la forma de una horrible y venenosa serpiente. Los que la maltrataban durante el periodo de su metamorfosis quedaban excluidos para siempre de los beneficios que prodigaba á los hombres. Pero, en cuanto á aquellos que, á pesar de su aspecto repulsivo, la tenían lástima y la protegían, se revelaba más tarde á sus ojos bajo su bella y celeste forma natural, seguía sus pasos, satisfacía todos sus deseos, colmaba sus casas de riquezas, y los hacía afortunados en amores y en la guerra. Así es esa diosa que se llama Libertad. A veces toma la forma de un odioso reptil: se arrastra, silba y muerde. Pero ¡ay de los que, llevados de aversión, intenten aplastarla! ¡Y dichosos los hombres que, habiéndose decidido á acogerla bajo su forma

degradada y espantosa, se vean al fin recompensados en los tiempos de su belleza y esplendor (1)!»

Esas generosas palabras salen del corazón; su manantial rebosa; no haya miedo que se seque, por mucho que fluya; en cuanto el escritor habla de la causa predilecta, en cuanto ve surgir ante él la Libertad, la Humanidad y la Justicia, al punto nace en su alma la poesía para ceñir su corona en las sienes de sus nobles hermanas.

«La Reforma (dice en otra parte) es un hecho consumado hace tiempo; se agotó la furia del volcán; los inmensos estragos de la erupción yacen en el olvido. Los mojones que arrolló han sido restablecidos; las casas arruinadas se han reparado. La lava cubre con una costra fecunda los campos que en otros días devastó, y, después de convertir un rico y hermoso vergel en un desierto, ha vuelto á transformar el desierto en un vergel más rico y más hermoso. La segunda erupción no ha terminado todavía. Las huellas de sus estragos persisten en torno nuestro; aún están calientes las cenizas que pisan nuestros pies. En algunas direcciones aún continúa extendiéndose ese diluvio de fuego. Con todo, la experiencia autoriza á creer con certidumbre que esa explosión, como la precedente, fertilizará el suelo devastado. Ya en las partes que más cruelmente sufrieron comienzan á elevarse en medio de la soledad opulentos cultivos y tranquilas habitaciones. Cuanto más leemos la historia de las edades pasadas y observamos los signos de nuestra época, tanto más sentimos llenarse y henchirse nuestros corazones de esperanzas lisonjeras en los futuros destinos del género humano (2).»

(1) Tomo I, pág. 40.

(2) Tomo II, pág. 92.

Al concluir este análisis, quizá debería indicar las imperfecciones que son consecuencia de esos grandes méritos; cómo á esa elocuencia viril, á esa poderosa razón, á esa ardiente dialéctica le faltan desenvoltura, gracia, donaire, variedad, sencillez, jovialidad; por qué no siempre se encuentran en ese hombre de partido, que combate desde la tribuna, el arte de escribir y la pureza clásica; en resolución: por qué un inglés no es un francés ni un ateniense. Prefiero traducir otro pasaje, cuya solemnidad y magnificencia darán alguna idea de las serias y ricas galas con que viste su relato: especie de vegetación poderosa, flores de brillante púrpura, como las que brotan á cada página del *Paraiso Perdido* ó de *Childe Harold*. Llegaba de la India Warren Hastings, y acababa de decretarse su acusación.

«El 13 de Febrero de 1788 dieron principio las sesiones del tribunal. Se han visto espectáculos más deslumbradores para los ojos, más resplandecientes de pedrerías y de paños de oro, más seductores para hombres niños; pero quizá no los hubo nunca mejor dispuestos para impresionar á un espíritu reflexivo y á una imaginación culta. Todas las clases de interés que pertenecen al pasado y al presente, á las cosas próximas y á las remotas, se juntaban en un mismo lugar y á una hora misma. Todos los talentos y todas las facultades que la libertad y la civilización desenvuelven desplegábanse en aquel momento, con todas las ventajas que podían obtener de su alianza y su contraste. Cada paso del proceso trasladaba el espíritu, ora hacia atrás, al través de varios siglos, hasta los días en que se echaron los cimientos de nuestra constitución, ora á gran distancia del espacio, por encima de los mares y de los desiertos sin límites, hasta

las bronceadas naciones que moran bajo estrellas extrañas, que adoran extraños dioses, y que escriben en extraños caracteres de derecha á izquierda. El alto tribunal del Parlamento iba á reunirse según las formas transmitidas desde los días de los Plantagenets, y á juzgar á un inglés acusado de haber ejercido la tiranía sobre el soberano de la santa ciudad de Benarés y sobre las damas de la casa regia de Oude.

»El sitio era digno de tal juicio. Era el salón de Guillermo el Rojo: el salón donde habían retumbado tantas aclamaciones al advenimiento de treinta reyes; el salón que había presenciado la justa condena de Bacon y la justa absolución de Somers; el salón donde la elocuencia de Strafford confundió é impresionó por un instante á un partido victorioso inflamado de justo resentimiento; el salón donde Carlos hizo frente al alto tribunal de justicia, con aquel valor sereno que ha redimido en parte su nombre. No faltaban al espectáculo la pompa militar ni la civil. En las inmediaciones formaban los granaderos; la caballería mantenía despejadas las calles. Heraldos, á las órdenes del rey de armas, colocaban á los pares, vestidos de oro y armiño. Los jueces, en su atavío oficial, asistían para emitir su opinión sobre las cuestiones legales. Cerca de ciento setenta lores, las tres cuartas partes de la Cámara alta, se dirigían solemnemente al tribunal desde el asiento ordinario de su asamblea. Dirigía el cortejo el más joven de los barones, Jorge Elliot, lord Heathfield, recientemente ennoblecido por su memorable defensa de Gibraltar contra las flotas y los ejércitos de Francia y España. Cerraban la larga procesión el duque de Norfolk, conde mariscal del reino, los grandes dignatarios, los hermanos é hijos del rey. En último término iba el príncipe de Gales, notable por la

belleza de su persona y por su noble porte. Los viejos muros grises estaban tapizados de escarlata; las largas galerías se hallaban atestadas de un auditorio como rara vez le hubo para excitar el temor ó la emulación de los oradores. Allí se habían congregado, de todos los puntos de un imperio vasto, libre, ilustrado y próspero, la gracia y la amabilidad femeninas, el ingenio y el saber, los representantes de toda ciencia y de todo arte. Allí estaban sentadas en torno de la reina las jóvenes princesas de la casa de Brunswick, con sus rubios cabellos; allí los embajadores de grandes reyes y de grandes repúblicas contemplaban con admiración un espectáculo que ningún otro país podía ofrecerles. Allí Siddons, en la flor de su majestuosa belleza, miraba con emoción una escena que superaba á todas las imitaciones del teatro. Allí el historiador del Imperio romano pensaba en los días en que Cicerón defendía la causa de Sicilia contra Verres, y en que Tácito tronaba contra el opresor de Africa, ante un Senado que conservaba todavía alguna apariencia de libertad. Allí se veía sentados, uno junto á otro, al más gran pintor y al más gran erudito de la época. Aquel espectáculo impulsó á Reynold á dejar el caballete que nos ha conservado las frentes pensativas de tantos escritores y hombres de Estado, y las dulces sonrisas de tantas nobles damas. Aquel espectáculo indujo á Parr á suspender sus tareas en aquella sombría y profunda mina de donde había extraído tan vasto tesoro de erudición, tesoro sepultado á veces en la tierra, á veces exhibido ostentosamente, sin criterio y sin gusto, pero, sin embargo, precioso, macizo y espléndido. Allí lucían los voluptuosos atractivos de aquella á quien secretamente había jurado fe el heredero del trono; allí estaba también aquella hermosa madre de un linaje

tan hermoso, la santa Cecilia, cuyas facciones delicadas, iluminadas por el amor y la música, han sido sustraídas por el arte á la común destrucción; allí estaban los miembros de aquella brillante tertulia que criticaba y discretaba bajo los ricos tapices de plumas de pavo real que adornaban la mansión de mistress Montague; allí, en fin, en torno de Georgiana, duquesa de Devonshire, brillaban aquellas damas cuyos labios, más persuasivos que los del mismo Fox, ganaron la elección de Westminster contra el palacio y la tesorería.»

Esta evocación de la historia, del esplendor y de la constitución nacional forma un cuadro de un género único. La especie de patriotismo y de poesía que revela es el resumen del talento de Macaulay, y el talento, como el cuadro, es completamente inglés.

## § 2.

Así preparado, acometió la historia de Inglaterra, eligiendo la época que más convenía á sus opiniones políticas, á su estilo, á su pasión, á su saber, al gusto de su nación y á la simpatía de Europa. Ha referido el establecimiento de la Constitución inglesa, y concentrado todo el resto de la historia alrededor de ese acontecimiento único, «el más hermoso que hubo en el mundo (1)», á los ojos de un inglés y de un político. Ha empleado en esa obra un método nuevo, de gran belleza y suma eficacia; el éxito fué extraordinario.

(1) *Sic rerum facta est pulcherrima Roma.*

Cuando apareció el segundo volumen, había pedidos ya treinta mil ejemplares. Tratemos de describir esa historia, ligándola á ese método, y ese método á ese género de espíritu.

Es una historia universal, sin ningún carácter fragmentario. Comprende toda clase de acontecimientos, y los lleva de frente. Unos han contado la historia de las razas; otros la de las clases; otros la de los gobiernos; otros la de los sentimientos, de las ideas y las costumbres. Macaulay las cuenta todas: «Cumpliría muy imperfectamente la tarea que he emprendido, si no hablase más que de batallas y sitios, de la subida y caída de los gobiernos, de las intrigas pelaciagas y de los debates parlamentarios. Me esforzaré en narrar, así la historia del pueblo como la del gobierno; en señalar los progresos de las bellas artes y de las artes útiles; en describir la formación de las sectas religiosas y las variaciones del gusto literario; en pintar las costumbres de las generaciones sucesivas, sin omitir ni aun las revoluciones que han transformado los trajes, los mobiliarios, las comidas y las diversiones públicas. Soportaré con gusto la censura de haber descendido por debajo de la dignidad de la historia, si logro poner ante los ojos de los ingleses del siglo XIX un cuadro verdadero de la vida de sus antepasados (1).» Ha cumplido su palabra: nada ha segregado ni omitido. Con la narración se mezclan los retratos. Veis los de Danby, de Nottingham, de Shrewsbury y de Howe, en la historia de una sesión, entre dos decisiones del Parlamento. Anécdotas curiosas, pormenores domésticos, la descripción de un mobiliario, cortan, sin romperla, la exposición de una gue-

(1) *Historia de Inglaterra*, t. I, pág. 3: ed. Tauchnitz.